

NOE CASADO

ANTES
DE QUE
TE ECHE
DE
MENOS

XOXO 

Antes de que te eche de menos

Noe Casado

Esencia/Planeta

© Noemí Ordóñez Casado, 2024
© Editorial Planeta, S. A., 2024
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

Primera edición: septiembre de 2024
ISBN: 978-84-08-29103-9
Depósito legal: B. 12.081-2024
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Si compras este libro y respetas las leyes de propiedad intelectual al no reproducirlo sin permiso, por ningún medio, total ni parcialmente, estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Capítulo 1

Romeo

Si en algún momento en esta vida me he sentido realmente cabreado (y ocasiones no me han faltado, porque a veces al karma o como narices se llame le da por hacer putadas y no se detiene) es hoy mientras miro, con el ceño fruncido y de reojo, a mi cuñado.

Como es habitual en él, resulta imposible saber qué coño le pasa por la cabeza. Finley siempre mantiene una expresión neutra... exasperante, diría yo, porque nada parece alterarlo. Y mira que he intentado pillarlo fuera de juego. Y no solo yo. Cuando está de visita en el pueblo, las amigas de mi hermana Siena le toman el pelo a la menor oportunidad y los parroquianos lo pinchan a conciencia porque, para empezar, va tan arreglado que es el blanco perfecto. Pero no hay manera... Él, impasible. Solo, y en contadas ocasiones, varía su expresión facial, y esto sucede cuando mi hermana anda cerca.

Y, aun así, el jodido se recompone pronto.

—¿Ya has elegido nombre para tu hijo? —le pregunto para tocarle las pelotas porque me aburro mientras conduzco de vuelta a Pardueles y porque tocárselas se ha convertido en mi segundo pasatiempo favorito.

El primero es torturarme solo y sin ayuda.

—Sabes perfectamente que va a ser niña y que esa decisión la tomará Siena —responde mi cuñado con educación.

Como mucho, ha despegado la mirada de la pantalla durante medio segundo.

Cuánta concentración.

Y lo que más me enerva...

¡Qué cuajo tiene!

Siena, mi hermana embarazada de a saber quién, porque no ha querido decírselo a nadie, y cuando digo a nadie es cien por cien tal cual, pues ni mis padres ni yo conocemos esa información, se limitó a anunciar, en medio de una comida familiar, que iba a ser madre. La noticia nos emocionó e hizo felices a todos, obviamente. Como es lógico, la felicitamos tanto a ella como a su marido, y entonces nos espetó con toda la pachorra del mundo:

—Dejad en paz a Finley. —Pausa dramática y remató—: Solo va a ser el padre putativo.

—Como san José —murmuró mi padre haciendo una mueca.

La cara que se nos quedó fue antológica. Ni que decir tiene que mi mente y la del resto empezaron a hacer conjeturas.

Y, para más inri, su marido, en vez de mosquearse, se encogió de hombros como si tal cosa. Joder, si mi mujer viene y me dice que se ha quedado preñada de otro... pues al menos reacciono de alguna manera, no con tanta apatía, maldita sea.

Me detengo aquí porque acabo de darme cuenta de un detalle. Detalle o error. Todos decimos saber muy bien qué haríamos y qué no cuando les pasa algo a otros, pero probablemente, si fuéramos los protagonistas, ya no lo tendríamos tan claro.

Da igual, puedo opinar. ¡Qué cuajo tiene!, repito. Porque aceptar tan tranquilo que ella va a tener una cría de a saber quién es de locos, y encima afirmar que va a ejercer de padre es ya la repanocha.

¿Nos hemos vuelto ya todos majaras o echan algo en el agua que nos hace inmunes a cualquier cosa?

Por si no sabéis de qué va la historia, os haré un resumen. Mi hermana se casó con este cabrón (antes era mi puto héroe; ahora, como veis, ya no tanto) y, después de un porrón de años de matrimonio (que todos considerábamos idílico), se separaron. Ella no soltó prenda, pero yo sé que Siena lo pasó de puta pena. Luego reapareció Finley, que tampoco suelta prenda, y parece que se reconciliaron. Se instaló con ella en la antigua estación de ferrocarril restaurada y todos tan felices.

Confirmado, beben algo adulterado o fuman hojas de geranio.

—Eres un copiloto de mierda —lo provooco, y él sonrío de medio lado antes de responder con una flema que me saca de quicio (él bien lo sabe), sobre todo cuando busco pelea.

—Conoces el camino de sobra, no necesitas mis indicaciones.

Así es mi cuñado. No pierde la compostura ni aunque lo llames de todo menos bonito.

Recorro los treinta y tres kilómetros restantes, que se me hacen eternos porque la carretera está hecha una mierda y porque ni Finley ni yo decimos esta boca es mía.

Toqueteo el mando del volante hasta que encuentro una emisora en la que no me machaquen los oídos con la música del momento, pero, como no hay suerte y tampoco me quiero dar una hostia por mirar donde no debo, dejo que suene *Dance the Night* pensando que hay cosas mucho peores que Dua Lipa.

Menos mal que al menos me he molestado en seleccionar una lista de reproducción aceptable. Enfilo la calle Real, la principal de Pardueles, y veo a Eva María junto al ayuntamiento, sentada en el banco que le regaló la caja de ahorros al pueblo allá por los setenta... y que se debió de repintar por última vez en el 92.

Ah, Eva María, mi primer amor. Me jodió, sí, cuando me rechazó. Si lo hubiera hecho por otro, pues hasta podría haber

intentado reconquistarla; ahora bien, cuando tu novia del instituto, a la que solo has besado y tocado un poco, te dice que te quiere la hostia, que eres el mejor chico, pero que es lesbiana, pues se te cae el alma a los pies.

Me detengo junto a la acera, bajo la ventanilla y la saludo:
—¿Cómo va todo?

Al oír mi voz, se gira y me dedica una sonrisa tan sincera... Es que no la he olvidado, que conste, y mira que hace más de veinte años que me dejó. Y si era guapa de adolescente, ahora ni os cuento.

—De puto culo y cuesta abajo —dice gruñona, y añade—: Hola, Finley.

Mi cuñado, siempre correcto, le hace un gesto muy cortés (peliculero) y murmura:

—¿Puedo ayudar en algo?

—No necesitamos héroes americanos —le espeto.

—Soy canadiense.

—Chicos, esta dama en apuros no necesita ayuda, solo tomar una cervecita bien fría.

—De acuerdo, sube —propongo encantado de cumplir sus deseos.

Una cosa voy a decir, aunque suene raro: soy capaz de cualquier cosa por Eva María. Puede pedirme lo más estrambótico o absurdo, que yo acepto. Incluso tal vez penséis que, si ella, en un momento de bajón o vete tú a saber, dejara de ser lesbiana (me costó mucho entender su decisión, no os vayáis a creer) y quisiera volver conmigo, la recibiría con los brazos abiertos.

Pues seré sincero y responderé un ambiguo «Hummm» porque ese fue mi mayor deseo durante mucho tiempo; sin embargo, después conocí a Svenka y, aunque suene cursi, rompió todos mis esquemas.

—Qué poco ecológico eres, Romeo. El bar está a cincuenta

metros —replica riéndose, aunque acepta el ofrecimiento al dirigirse a la parte trasera del coche.

El peliculero de Finley se apea y, corriendo, le abre la puerta de atrás.

—Joder, tío, eres un puto dolor de huevos —me quejo, y hasta resoplo.

Mi primer amor cierra la puerta y cruza una mirada conmigo a través del espejo retrovisor.

—¿Por qué?

—Esto no es Manhattan. Aquí las chicas son más listas y saben subirse solas a los coches. No necesitan al gilipollas de turno.

—Exactamente —me secunda Eva María, y Finley, una vez más, se encoge de hombros dando a entender que mis comentarios no lo molestan—. Pero no negaré que ha sido un detallazo, tío.

—Gracias.

Una de cal y otra de arena.

Nos detenemos en el bar del pueblo. Dejo el coche aparcado de cualquier manera y ni lo cierro. Aquí no hace falta, tenemos cámaras de vigilancia veinticuatro horas.

¿Os parece extraño?

En cuanto echéis un vistazo veréis como en cada ventana que da a la calle hay una señora, un señor o lo que sea vigilando. Gratis. Y efectivo: aquí no se escapa nadie del Gran Hermano.

Finley pide no sé qué chuminada de cóctel. A ver, sé lo que es porque cuando viajo aprovecho para probar cosas nuevas, en todos los aspectos. No obstante, a mi cuñado se le olvida que estamos en Pardueles. Hay que adaptarse al entorno y no dar por el culo. Date con un canto en los dientes si te sirven una cerveza sin alcohol o una infusión, porque, según los lugares, solo se recurre a los «hierbajos» cuando te duele algo,

sin olvidar que se les hace raro pagar por lo que pueden encontrar en el campo, hervir agua y pasarlo por un colador.

Eva María y yo, la cervecita fría. Mi cuñado, impertérrito. Los lugareños, pegando la oreja. Un día de lo más normal en Pardueles.

Una vez servidos, ella nos cuenta con aire triste:

—He discutido con mi mujer...

Mi cuñado y yo nos miramos. Es un tema delicado, obviamente. Digamos lo que digamos, meteremos la pata.

—La quiero a rabiar, pero...

—No cuentes la película por fascículos, hija mía —le salta una parroquiana que, ávida de información, necesita tener todo el chisme antes de diez minutos para propagarlo por el pueblo.

—Kailani quiere que tengamos otro hijo...

—Pues a ver a quién le pedís el cuajo —se guasea, con mal gusto, por cierto, Indalecio, un cascarrabias solterón y sin hijos.

—Calla la puta boca —le advierto, porque odio que la molesten con semejantes intromisiones.

—A ti no, que lo tienes caducado —le replica Eva María riéndose para no dar muestras de que le parece que el comentario ha estado fuera de lugar.

—¿Y cuál es el problema? —pregunta Finley, siempre tan acertado.

—A ver, yo tengo mucho lío; entre el ayuntamiento, las visitas guiadas y la posada, además de nuestra peque, no tengo tiempo ni de ir a comprarme unas bragas. Otro hijo...

—Comprendo —murmura mi cuñado dando a entender que escucha, aunque sin comprometerse.

Confieso que he aprendido esa técnica de él, aunque con Eva María me implico al cien por cien.

Lo miro suspicaz. Él va a ser padre putativo, situación que

aún no se sabe en Pardueles y que, cuando se sepa, se convertirá en el chismorre del año. Ya me imagino la turra que nos van a dar a todos hasta que ocurra algo más escandaloso.

¡Qué digo del año, del siglo!

—No, no lo entiendes. Kailani tiene vocación de madre, y de familia numerosa, además... —dice Eva María con un suspiro entre la admiración y el pesar, por lo que no me extraña que añada—: Pero yo no.

Doy un sorbo a mi cerveza. La comprendo y me gustaría ayudarla. Y sé que escuchándola es muy probable que lo haga. Sin embargo, con mi primer amor, todo lo que pueda hacer es poco.

—¿Y os habéis planteado tener niñera o asistenta?

Yo escupo la cerveza, Eva María se atraganta y entonces le doy unas palmaditas suaves en la espalda para que se recupere. Los parroquianos, que no pierden ripio de la conversación, se echan a reír.

—Alma cándida —acierto a decir tras reponerme de la impresión—. No digas gilipolleces.

—Te agradezco el consejo, Finley —contesta ella con diplomacia—. Nuestra economía es de llegar a fin de mes y gracias.

—Yo podría...

—Ya está otra vez el puto héroe americano —mascullo.

—Gracias, pero no.

Tras dos rondas, nos despedimos de Eva María y, una vez en el coche, alejados (en cierto modo) de oídos indiscretos, Finley pregunta:

—¿Por qué ha rechazado mi ayuda?

Me paso las manos por el pelo. A ver si busco un rato para ir a la peluquería. Eso sí, lo haré cuando esté al menos a cincuenta kilómetros de Pardueles, que aquí, si no te cortan el pelo como si fueras un prófugo de la justicia, eres un blanden-

gue. El tema del cuidado capilar y corporal masculino es cuestionado y criticado sin piedad.

—Porque es ofensivo.

—¿Perdón?

—Eva María y Kailani son una pareja adulta, trabajadora y responsable —le expongo, y, por si no lo pilla, añado—: En este país las mujeres suelen aborrecer que venga un hombre a salvarles el culo.

—¿Porque son lesbianas?

Ojo, mi cuñado es tolerante, más que yo; no obstante, su mentalidad es demasiado anglosajona. Ya os lo he dicho, el puto héroe americano.

—No, es porque tienen un par de ovarios cada una para arreglar sus asuntos y salir adelante.

—Sigo sin entenderlo.

—Pues haz un cursillo.

Cuando paro el motor junto a la verja de la casa de mis padres, donde aún vivo yo a pesar de tener posibles (como se dice en los pueblos) para independizarme, suena *Ulysses* de Franz Ferdinand, y la dejo a medias.

—Por fin en casa —murmura Finley desabrochándose el cinturón de seguridad, evidenciando las ganas que tiene de ver a Siena.

Sale del coche y lo miro; ni una jodida arruga en el traje, oye, ni una. Y en mi camisa blanca no cabe ni una arruga más. Mejor no le pregunto cómo lo consigue para que no me dé la chapa o me arrastre a uno de esos sastres cansinos que te hacen la ropa a medida y te miden hasta el largo de las uñas. Solo fui una vez y me agobié lo suficiente como para no volver.

Hoy toca reunión familiar. ¿El motivo? ¿Importa? Pues no, mi madre se empeña en que nos juntemos siempre que sea posible.

Yo podría haberme quedado unos días más en la capital, por

el simple placer de hacerlo, pues ya he resuelto todos los asuntos; no obstante, ante la sugerencia de mi madre, he regresado. Y de paso he recogido a mi cuñado, que mira por dónde también tenía asuntos que atender. Él siempre utiliza carísimos coches de alquiler, pero hoy el de la agencia ha metido la pata y no estaba disponible el cochazo de alta gama que Finley exige. Entre pitos y flautas, tardaban veinticuatro horas en traerle el que quería el señorito y, en vez de conformarse con uno normalito, como todo hijo de vecino, se ha negado y encima les ha rescindido el contrato. Y eso son muchas perras, porque la empresa de Finley trata con gente con pudientes (pijoteras) y les da (les daba) mucho volumen de negocio.

Así que ha preferido venirse conmigo en mi convencional Citroën C4 que claudicar y conducir él. «Dios me libre de llevar un cambio manual», ha dicho el muy pedante. Creo que lo ha soltado por tocarme las pelotas; claro que con él nunca se sabe, a lo mejor su comentario iba en serio.

Mi cuñado entra antes, pasando olímpicamente de su equipaje porque está acostumbrado a tener ayudantes hasta para limpiarle el trasero. En cambio, yo aplico el dicho de que ningún pobre necesita criado y saco mi maleta del coche.

La arrastro tan tranquilo y entro en casa. Enseguida veo a mi padre. Su cara es un poema. Me hace un gesto un tanto extraño a modo de saludo.

Como buen hijo, voy primero donde mi madre; está en el salón, de pie, con la misma expresión en la cara que cuando yo liaba alguna por el pueblo y las vecinas se lo contaban.

—Hola, mamá —la saludo con cautela, y me inclino para darle un beso.

Sí, ¿qué pasa? Soy de esos que adoran a su madre.

—¡¿Hola?! —replica, y hago memoria; que yo sepa, no he montado ningún lío desde hace tiempo y, en caso de hacerlo, pongo tierra de por medio—. ¡¿Solo dices «Hola»?!

Finley, que está junto a la ventana, al parecer encantado con las vistas del jardín trasero, me dedica una mirada de reojo y me tenso.

—Hijo... —murmura mi padre.

—La que has liado, Romeo —añade Siena entrando en el salón.

Se frota la barriga, un gesto habitual de embarazada.

—¿Me podéis decir de una puta vez qué coño pasa?

—No digas tacos, que lo empeoras —me recomienda mi hermana.

—Siéntate —ordena mi madre, y hasta me señala la silla en la que debo hacerlo.

Esto no pinta nada bien...

—¡¿Cómo has podido ser tan inconsciente?! —exclama mi madre nerviosa.

—Creía que te habíamos educado como un hombre sensato —apostilla mi padre.

Joder...

—Te lo expliqué todo cuando tenías quince años —continúa mi madre con voz apesadumbrada.

—No me lo recuerdes...

Qué bochorno pasé aquel verano, y no porque hiciera calor. Mis padres se enteraron de que andaba detrás de Eva María. Yo pensé que me iban a prohibir quedar con ella porque en los pueblos la gente es muy cabrona y, como ella tiene una historia familiar complicada (se crio sin padre porque el susodicho dejó embarazadas a dos chicas de Pardueles al mismo tiempo y, obviamente, no se hizo cargo de ninguna), a lo mejor no les gustaba para mí. Pues no, aquella no fue la razón. Me pillaron por banda un día por la tarde, cuando yo solo pensaba en coger la bici e ir a buscar a Eva María, y me sentaron en el salón. Casi igual que ahora.

¿Y qué hicieron?

Sacar un paquete de condones, abrir uno y explicarme cómo se usaba. Así, tal cual. Y no solo eso: me hablaron de las enfermedades de transmisión sexual, el sistema reproductor femenino, el respeto a las mujeres y un montón de cosas más. Tres horas y media de chapa para que yo fuera un adolescente responsable.

Eso sí, obtuve su bendición para seguir yendo detrás de Eva María.

Confieso que fue lo único que me interesó en aquel momento: que mis padres dieran el visto bueno a la mujer de mi vida. Aunque todos los consejos que me dieron, además de prácticos, lograron que me sonrojara hasta la raíz del pelo.

Claro que, después, una vez con los colegas, yo era el más listo y el que daba consejos. Algunos gilipollas no me hacían caso; otros, por suerte, sí.

—Y ahora, cuando estábamos convencidos de que eras un buen hombre... —se lamenta mi padre.

Finley, el muy cabrón, se aclara la garganta.

—Ocurre lo impensable —remata mi madre.

Y yo, cada vez más nervioso, quiero que me cuenten de una maldita vez qué ha pasado para protagonizar todo este sainete familiar.

—Ay, Romeo, Romeo —se burla Siena, y después se frota otra vez la barriga.

Abro los ojos como platos.

Solo se me ocurre una cosa...

¿He dejado embarazada a alguna?